

LA CRÓNICA

Memento Maragall

ARCADI ESPADA

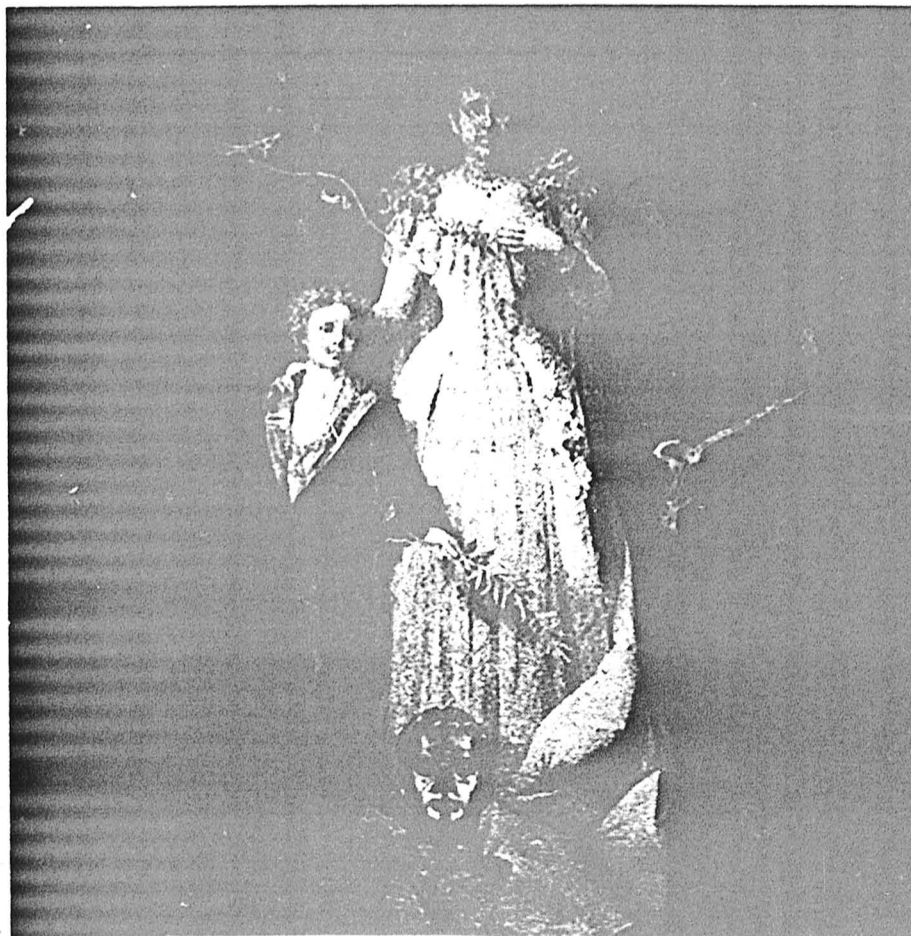
—Gente que le conoce bien dice que usted atraviesa un momento decisivo de su vida.

—No escapo a la regla. Todo el mundo está atravesando un momento decisivo.

Pasqual Maragall, en su despacho del Área Metropolitana. El día de la huelga, al filo del mediodía. Una razón misteriosa provoca que sobre determinados políticos se extiende el velo del psicologismo —muy primario, naturalmente— para captar el sentido de sus actitudes. Lo practicamos los periodistas, algún que otro mediador entre el poder y la prensa, los analistas más o menos cíclicos... Sin embargo, ese ejercicio, que tiene muchos peligros, no se practica con todos. Se ha desarrollado, hasta el aburrimiento, con Felipe González y nunca con Jordi Pujol. Algo tendrá que ver en ello el carácter de los presuntos psicologizados, su tendencia a la vacilación, su gusto insoslayable por la duda. El alcalde conoce ese proceso analítico cernido sobre sus últimos movimientos y desplaza su respuesta hacia una vertiente casi cósmica o cuando menos generacional.

—¡En serio! Es un momento complejo, de recapitulación. Tenemos detrás un pasado muy fuerte, un año sin elecciones y un futuro abierto. Este será el año de la complejidad. El año en que germinen mensajes que luego se sintetizarán en personas y en eslóganes, en síntesis electorales.

Maragall hablará en septiembre. Las elecciones municipales se convocarán para la primavera de 1995 y él cree que Pujol adelantará las suyas hacia finales de ese año o principios de 1996, a fin de que entre una y otra haya un menor lasso posible.



LA COLUMNA

Pujolmanía

M. VÁZQUEZ MONTALBÁN

La militancia antihuelgística de los medios informativos vinculables al Gobierno de la Generalitat ha destacado entre otras militancias antihuelgísticas mediáticas, casi al mismo nivel que la COPE. Cabe atribuir la tenaz decantación de los medios autóctonos a las afinidades electivas de los responsables de sus programas informativos o de opinión, pero también, y conociendo la cultura del intervencionismo que ha caracterizado siempre la relación entre Jordi Pujol y los medios informativos dependientes, cabe suponer que el honorable se ha expresado mediante los renglones rectos y los renglones torcidos.

Cualquier receptor de mensajes catalán (en el sentido de que los recibe y los descodifica en Cataluña) ha asistido al fenómeno del presidente Pujol convertido en auténtico jefe de la patronal. Al legítimo jefe de la patronal catalana casi no se le ha visto; en cambio, Pujol, a pesar de estar en Alemania, ha convertido la cuestión de romper la huelga en su guerra santa.

Tal como se nos está sirviendo las imágenes de Pujol aleccionando a las patronales caseras y extranjeras hay que valorar el tremendo mérito de este hombre que muy bien po-

Maragall hablará en septiembre. Las elecciones municipales se convocarán para la primavera de 1995 y él cree que Pujol adelantará las suyas hacia finales de ese año o principios de 1996, a fin de que entre una y otra convocatoria haya el menor lapso posible. Por tanto, el mensaje socialista municipal y autonómico y las personas que lo encarnen deben ser decididos simultáneamente. En septiembre, Maragall decidirá si opta a la reelección, si se presenta a las autonómicas, o tal vez si deja la política.

—¿Esta última opción está abierta?

—También. Pero es la menos probable. Hay una fuerte inercia, una inercia positiva en los que nos dedicamos a esto.

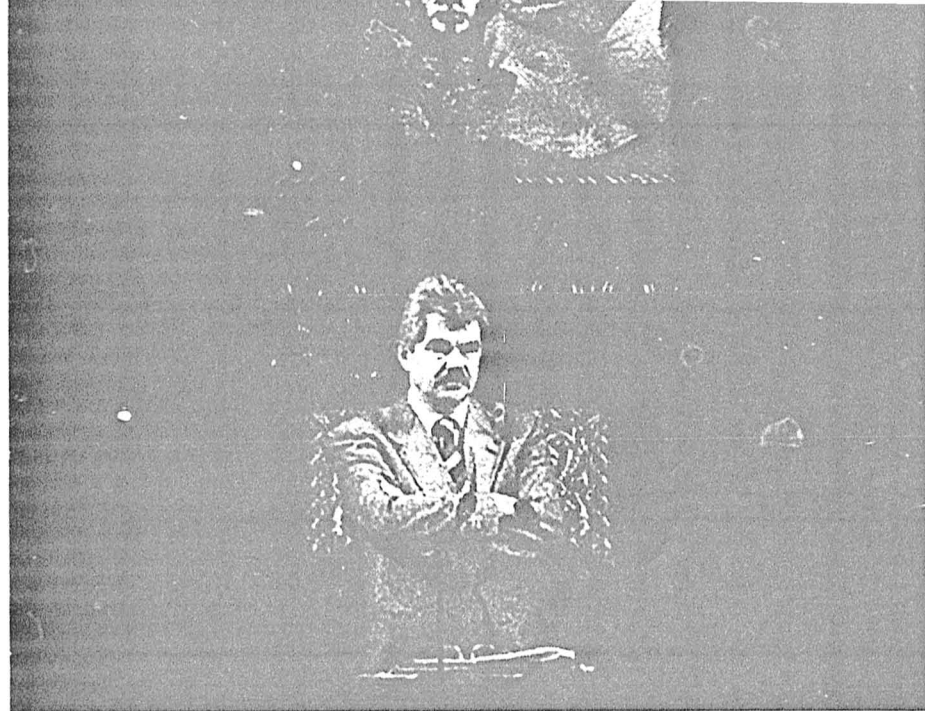
La opción más probable, este mediodía al menos, es que el alcalde aspire a seguir siéndolo. Pero no lo dice explícitamente, y ese paréntesis abierto hasta el otoño causa desesperación en miembros de su equipo, que temen el desgaste de la duda y los mensajes ceñidos a la presunta abdicación de Maragall de su principal oficio, que propaga una oposición cada día más laboriosa.

—Permítame un paréntesis que es también una reflexión. A ustedes, los periodistas, les interesa de mí que hable de política. Me parece muy bien y yo contesto siempre. Pero no tengo ninguna culpa de que los asuntos municipales les interesen menos. El resultado es la imagen de un Maragall cada vez menos interesado por los asuntos ciudadanos. Y la verdad es que yo no he hecho ni haré en la vida nada más interesante que ser alcalde. Es cierto, deja poco tiempo para la familia y eso me causa problemas. Pero la compensación es incomparable. Al fin y al cabo, cualquier *yuppie* deja la familia para ganar dinero, algo mucho menos importante.

Algo que no va

—Se implicó en el nacimiento de Cataluña Siglo XXI y ahora se presenta en las reuniones como economista. Curiosamente, a mucha gente de la que usted convoca lo que más les interesa del proyecto es su carácter de plataforma política y el liderazgo del alcalde.

—Voy como economista y como alcalde. Creo que como alcalde tengo también derecho a intervenir en el debate político y cultural, a pesar de que haya gente que me lo niegue. Pero también quiero escuchar. Ver lo que dice la gente, lo que pide la gente. Ahora he escrito un artículo sobre los que murieron antes de los Juegos: Maria Aurèlia, Jaume Vidal-Alcover, Montserrat Roig, Serra Martí, Joan Teixidor, y tantos otros. Fue-



CARLES RIBAS

Pasqual Maragall, durante el pleno municipal del pasado viernes.

ron los que permitieron que Barcelona sea lo que es. Pero detrás del homenaje hay algo más: la convicción de que el catalanismo cultural y político contemporáneo no está a la altura ni de lo que supuso toda esa gente, ni mucho menos a la altura de lo que fue la generación de Miró, Foix, Riba. Hay algo que no va en este país.

—Bueno, los muertos siempre hacen mediocre el presente.

—Claro, la vieja canción del tiempo pasado que fue mejor. Ya lo sé. Pero un país que vive en la nostalgia es un país que ni usted ni yo querriamos. Y algo hay de eso.

El próximo fin de semana, el PSC afrontará un congreso cuyo debate previo ha plasmado un cierto desencuentro entre los líderes del partido. Al alcalde el debate le ha parecido positivo, inscrito en su programa de escuchar y hablar.

—Ha sido un intento interesante. El futuro de los congresos de los partidos será muy parecido a esto. Todo se ha hecho de manera transparente. Además, yo creo que el congreso va a servir para zurcir algún descosido. Y vamos a hacerlo tan bien que los zurcidos ni van a notarse.

Hay que dejar la última hipótesis para el final: obligaciones narrativas. Entre la duda,

el próximo septiembre y los zurcidos congresuales, en todo ese paisaje difuso, irresuelto, el laboratorio socialista ha destilado una posibilidad compleja, de esas que explican por qué la política y su combinatoria engancha a los hombres: la vuelta de Serra a Barcelona para encabezar el cartel municipal de 1995. Un Serra, según los científicos, que estaría en condiciones de cumplir su aspiración de retorno al lugar que ocupó tan brevemente y que pondría punto y aparte a un ciclo gobernante cuya prolongación podría erosionarlo. Un Serra, razonan contundentes, capaz de una última elipsis antes del naufragio. El alcalde podría tener así el mejor sucesor de los disponibles y el camino abierto a la candidatura autonómica. Ese alcalde que ahora se tensa de pronto.

—Es sólo una hipótesis. Es cierto que Serra siempre ha dicho que quiere volver, que fue escasamente alcalde y que le ha quedado un punto de frustración por cilo. Pero no lo veo probable.

—¿Por qué?

—Por las mismas razones que a mí me costaría dejar de ser alcalde. Serra ha hecho una opción. Y es difícil vencer la inercia. Pero yo ya no querría añadir nada más a eso... Mutamente. Nada.

Laí como de nos casen mirando las imágenes de Pujol aleccionando a las patronales caseras y extranjeras hay que valorar el tremendo mérito de este hombre que muy bien podría pasar a la historia como Jordi Pujol I de Cataluña, V de Alemania y VII del Japón, siempre dentro del reino afortunado y convencional de las patronales. Tiene dotes de mando. Incluso ha impartido órdenes al Gobierno del Estado, al que tiene cogido por sus congijos y sus precariedades: "¡Pobre de ti que te achiques ahora en el asunto de la reforma laboral!".

Con respecto a esa reforma, Pujol ejerce de duro y Roca de comprensivo; no en balde en el pasado Pujol se proclamaba socialdemócrata a la sueca y en cambio Roca militaba en la izquierda del FOC, una izquierda a veces casi de armas tomar. Papeles complementarios al servicio de una reforma que, al decir de Nicolás Redondo, precisará 10 o 15 años para reformarla cuando se comprueben sus efectos nocivos y la tremenda picaresca que ya está generando en un mercado de trabajo en el que pronto sonará el grito: "¡Aprendiz el último!".

Poco se sabe de la impresión causada por Jordi Pujol entre el empresariado alemán unificado que ha tratado, pero sospecho que, conocidas las tremendas cualidades de nuestro honorable, en Europa puede prosperar la pujolmania, entre el empresariado, claro. Es un sector electoral insuficiente, pero entre nosotros todos tenemos alma de empresarios, y la elección de Pujol ante la huelga del 27 de enero demuestra su tremenda confianza en que antes del año 2000 no sólo los catalanes lo tendremos todo pagado en el mundo entero, sino que además todos seremos empresarios, aunque sea aprendices de empresario, con las condiciones de contratación pertinentes.